América en plural y en singular

II - Los nacionalismos y otros bemoles

(Sergio Marras: entrevista con Octavio Paz)

Sergio Marras: ¿Hasta qué punto la transnacionalización deja a América Latina sin poder negociar nacionalmente, y hasta qué punto deberá, cada país, o cada grupo de poder dentro de cada país, integrarse también a la transnacionalización y diluirse en la economía internacional?

Octavio Paz: El fenómeno de la globalización de la economía no depende de la voluntad de esta o de aquella nación sino de la expansión de la economía mundial. Es un fenómeno universal. Mejor dicho, es una fase de un proceso que comenzó hace siglos. Precisamente uno de los primeros en advertirlo fue Marx; dijo varias veces que la expansión del capitalismo realizaba por primera vez en la historia la unificación de los hombres y de los pueblos en un sistema económico mundial. Ahora vivimos en otro momento de ese proceso. La América Latina, por lo demás, no tiene mucho que perder y sí mucho que ganar al insertarse en la economía mundial. Entre otras ganancias: será el paso definitivo hacia su modernización económica. Sin embargo, Marx y muchos otros con él se equivocaron al creer que el sistema económico mundial significaba el fin del nacionalismo. No ha sido así. Somos testigos, al final del siglo xx, de un fenómeno doble: el carácter cada vez más internacional de la economía, y al mismo tiempo, el renacimiento de los nacionalismos. No es un accidente que la modernización de España coincida con la reaparición de los nacionalismos; tampoco es una casualidad que el nacionalismo reaparezca de manera virulenta en lo que fue la Unión Soviética.

En este gran cambio, la América Latina posee una ventaja inmensa: gracias a nuestro común origen (o sea, gracias a la conquista y a la evangelización) tenemos menos peligro de recaer en los nacionalismos y regionalismos. Al principio de nuestra conversación le dije que, a diferencia de la desmembración del imperio ruso, los agentes de la desintegración del imperio español en América no habían sido los pueblos sino diversas circunstancias de orden político y social. Nuestro desmembramiento no comenzó por abajo, como en el caso del antiguo imperio ruso, sino que fue obra de los caudillos y de ciertas minorías. **Las naciones latinoamericanas fueron creadas después de la independencia y no antes.** Debemos preservar ese fondo común -histórico, cultural, lingüístico- porque es una de nuestras grandes defensas ante el mundo siniestro que se avecina si triunfan los nacionalismos. Esto lo vieron mejor que nadie algunos grandes hispanoamericanos, de Bolívar a Rodó. Lo mejor que hemos hecho los hispanoamericanos no lo hemos hecho en el dominio de la política y de la economía sino en el de la literatura y el de las artes. Tenemos que alcanzar en la esfera de la ciencia y la técnica la excelencia que hemos conquistado, desde Rubén Darío, en la literatura. Y tenemos que **traducir** en términos políticos y sociales nuestra unidad cultural. Una unidad hecha de muchas singularidades.

S.M.: ¿Hasta qué punto la literatura nos ha forjado nuestra propia imagen de América Latina? ¿Hasta qué punto somos un invento literario?

O.P.: Sí, nuestra imagen ha sido, ante todo, una creación de nuestros poetas, ensayistas y novelistas... Permítame, antes de seguir con este tema, contestar ahora a su pregunta sobre la integración de México con Estados Unidos. Empezaré por decirle que la palabra "integración" no es muy exacta. Se trata realmente de asociación. Sobre este punto me he ocupado extensamente en un libro reciente: **Pequeña crónica de grandes días** (1990). Allí me declaro partidario no sólo de la asociación económica sino de la creación de una Comunidad de Estados de América más o menos semejante a la Comunidad Europea.

Acerca de la asociación económica debo repetirle algo que le dije ya: los Estados Unidos son un gran imperio en declinación, de modo que, para sobrevivir, tendrán que crear nuevos lazos económicos con América Latina. El Tratado de Libre Comercio entre México, Canadá y los Estados Unidos es el primer paso. Si se lograra crear un Mercado Común entre los Estados Unidos, México y Canadá se podría extender después a la América Central y, más tarde, al resto del continente. La solución europea frente a la desunión ha sido la Comunidad. La otra sería el renacimiento de los nacionalismos y el comienzo del caos internacional. Algo terrible pero no imposible. No olvidemos que la historia siempre ha sido trágica. Joyce decía que la historia es una pesadilla. No: es una realidad pero es una realidad que tiene el horror y la incoherencia de las pesadillas.

S.M.: ¿Usted ve como ideal una América unida frente a una Europa unida y Japón?

O.P.: Ese sería uno de los posibles desenlaces del lío actual, porque vivimos un lío.

S.M.: ¿Y usted cree que Estados Unidos está dispuesto a esa unión?

O.P.: Los países nunca están dispuestos a hacer lo que deberían hacer pero, a veces, la historia los obliga.

S.M.: ¿Se pueden superar las diferencias culturales?

O.P.: Nos va a dividir siempre la cultura. Hace un momento hablábamos de nuestro origen. Las diferencias están vivas: ellos son una versión excéntrica de Occidente y nosotros somos otra, no menos sino más excéntrica. Ellos han agregado muchas cosas admirables a la herencia europea y nosotros también hemos agregado muchas cosas admirables a esa herencia. En fin, ni ellos ni nosotros somos europeos, aunque nacimos como dos proyecciones opuestas de Europa. ¿Nos podemos unir? ¿Por qué no? Piense en Europa. Piense en todo lo que ha dividido a los franceses de los ingleses, a los alemanes de los franceses. Piense en los dos mil años de guerras europeas. Pero, insisto: una cosa es la asociación y otra es la fusión.

S.M.: ¿Qué tipo de asociación ve usted, entonces?

O.P.: La relación que une a dos interlocutores en el diálogo. Las grandes civilizaciones han sido hechas a través de diálogos entre distintas culturas. Soy partidario del diálogo porque soy partidario de la diversidad. Cuando la unidad se transforma en uniformidad, la sociedad se petrifica. Esto fue lo que les pasó a los comunistas. Para vivir, la democracia tiene que albergar elementos contradictorios que la hagan permanentemente crítica. El diálogo, la crítica, el intercambio de opiniones: eso es la vida política y eso es la cultura.

S.M.: ¿Cómo se integran en esta unión, que es absolutamente racionalista, todas nuestras razones de corazón, que tanto nos pesan en América Latina?

O.P.: ¿Racionalista? Mis argumentos son más bien empíricos. Nacen del sentido común y de la experiencia. Mi empirismo no se opone a lo que usted llama las razones del corazón. Estas últimas son las razones profundas y son las que animan y dan fisonomía a una cultura. Pero esas razones no van a desaparecer si son realmente del corazón,

S.M.: ¿Y usted no las ve incompatibles con las razones de corazón norteamericanas?

O.P.: Las veo opuestas, no incompatibles. La cultura latina y la germana son opuestas, distintas, pero el diálogo entre ellas ha sido constante. Ese diálogo se llama Europa. Hemos hablado hace un instante de la literatura hispanoamericana como creadora de nuestra imagen: ¿cómo olvidar que los Estados Unidos es un país de grandes poetas? La literatura latinoamericana ha sostenido siempre un diálogo doble: frente a Europa y frente a los Estados Unidos. Darío tuvo la obsesión de Whitman. En *sus Prosas profanas* dice que su América es la América de Moctezuma, “lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman”. Pero en otro momento de su evolución, en el más alto, en *Cantos de vida y esperanza*, dialoga con Whitman e incluso recoge su acento a un tiempo bíblico y democrático. Neruda también sostuvo un diálogo contradictorio y apasionado con Whitman; recuerde su poema *Que despierte el leñador*. ¿Y Borges? Siempre pensó en Whitman y lo tradujo. El ejemplo de Whitman podría extenderse a Poe y a otros poetas y novelistas. Este diálogo ha sido, naturalmente, contradictorio. Es curioso cómo el pensamiento conservador latinoamericano ha sido mucho más antiamericano que el de los liberales y el de los socialistas. Por lo menos en México y desde el principio del siglo pasado. En nuestro siglo Vasconcelos atacó a los Estados Unidos; en cambio, el pensamiento liberal tradicional fue proamericano. Recuerde a Benito Juárez.

S.M.: ¿No ve máscaras en los intelectuales norteamericanos?

O.P.: Sí, pero distintas. Aunque no sé si sea exacto hablar de máscaras, al menos en el sentido en que hemos empleado esta palabra durante nuestra conversación. La máscara es algo exterior. Hay otras formas de ocultamiento de nuestro ser; por ejemplo, la hipocresía. Los latinoamericanos católicos no son hipócritas o, por lo menos, no lo son en la medida en que la hipocresía es una dimensión del carácter norteamericano. Atribuyo esa hipocresía al puritanismo. La moral pública en nuestros países de cultura católica colinda, por una parte, con la confesión y, por la otra, con el rito, la representación, el teatro, la máscara. Su eje es la comunión. En los Estados Unidos la moral pública colinda con la introspección y, en el otro extremo, con el sermón y la reprobación colectiva. Su eje es la expiación solitaria.

La contrapartida del moralismo norteamericano es el

hedonismo actual: el culto al dinero, el individualismo desenfrenado, el amor al éxito, la superstición ante el sexo. Una cara de la moralidad norteamericana es la ciencia de las costumbres (*permissiveness*) y la otra los aspavientos públicos ante las grandes o pequeñas transgresiones sexuales de sus políticos. El puritanismo convive con el libertinaje gracias al puente de la hipocresía. La misma relación existe entre la filantropía de los millonarios y su inmoderada ansia de lucro o entre las declaraciones santurronas de su política exterior y la brutalidad de sus acciones. En los Estados Unidos se habla incansablemente de moral y también de dinero: dos obsesiones. Es una sociedad individualista en la que florece un egoísmo feroz y, como contrapartida, el altruismo; el lazo que une a estas dos actitudes es, de nuevo, la moral. Aunque podría agregar otros ejemplos del uso inmoderado de la moral en la vida pública norteamericana, prefiero no seguir: nada es más fácil que lanzar piedras al cercado ajeno.

El puritanismo original de los norteamericanos, filtrado por unos sanos hábitos democráticos, se manifiesta en una virtud admirable que todos deberíamos imitar: el ejercicio de la discusión y de la crítica pública. Cada vez que se han enfrentado a una gran crisis, los Estados Unidos han hecho un examen de conciencia. Todo el mundo se da golpes y aún golpecitos en el pecho.. después cambian. Ejemplos recientes: Vietnam y Watergate. En el caso de la lucha contra el racismo también se han hecho progresos -basta con pensar en la situación que prevalecía hace apenas treinta años- pero los Estados Unidos están lejos todavía de ser una verdadera democracia multirracial. ¿LÓ conseguirán? Les va en ello la supervivencia de su proyecto histórico como sociedad democrática.

El racismo norteamericano en cierto modo reproduce, en el interior, su aislacionismo ante el exterior. En ambos casos: desconfianza, recelo y aún horror ante los otros. Los Estados Unidos fueron fundados, a la inversa del resto de las naciones, no en respuesta a un pasado común, una tradición, sino por una visión del futuro. Fueron fundados por un mesianismo singular: en contra de la historia. Para los puritanos la historia significaba la herencia romana que pervirtió al cristianismo primitivo; para los “Padres fundadores” los privilegios y las injusticias de la sociedad jerárquica europea. Los Estados Unidos serían la nueva Jerusalén democrática, construida frente o, más bien, contra la historia y con los materiales puros del futuro. La utopía se convirtió en lo que hoy son los Estados Unidos: un imperio democrático, es decir, una realidad social con todos los defectos y cualidades de lo que pertenece a la historia. Desapareció la utopía, no el aislacionismo original. Por esto es tan difícil hablar con un país que espontáneamente mira todo lo que es extraño como algo condenado por la historia. El pasado es, para ellos, el otro nombre del pecado original. Esta es la gran falla de los Estados Unidos.

S.M.: Lo han demostrado en su política internacional..

O.P.: Una de las grandes debilidades de esa gran nación es su política internacional, hecha de declaraciones de buenas intenciones acompañadas de violencia y de errores de percepción del otro y de los otros. Fue notable su equivocación frente al poderío real del sistema burocrático comunista. Son el país mejor informado del mundo y son el país que hace el peor uso de su información.

S.M.: ¿Cómo nos afecta el supuesto fin de las utopías a los latinoamericanos?

O.P.: No estoy de acuerdo en llamar “fin de las utopías” al fin de las dictaduras comunistas. El derrumbe del comunismo fue el derrumbe de un régimen opresor, no de una utopía. Marx dijo siempre que el socialismo suyo no era utópico sino “científico”. Pues bien, lo que se ha acabado es el socialismo “científico”. El marxismo no es una ciencia sino una hipótesis y muchos de sus supuestos esenciales han resultado falsos. Entre ellos el central: la clase obrera no es una clase universal revolucionaria. La historia no es el lógico resultado de un proceso dotado de una dirección y un sentido. Es el dominio de mil causas, algunas de ellas imponderables, como el azar. Pero el fin del “socialismo científico” no es el fin de las utopías. Por cierto, utopía es una palabra impropia: la utopía no tiene lugar en el espacio y es por naturaleza irrealizable. El socialismo no fue ni es una utopía: es un ideal respetable y en muchos aspectos admirable. Debemos rescatar lo que tenga de rescatable. Y tiene muchas cosas rescatables.

Lo mismo sucede con el liberalismo: fue y es un antídoto contra las ideologías y los sistemas autoritarios. Pero nuestro liberalismo no puede ser el del siglo XIX. He criticado al socialismo (o lo que se ha hecho pasar por tal). Ahora déjeme decirle que al liberalismo actual le faltan muchas cosas, sin las cuales la vida no es digna de ser vivida. Si pensamos en aquella triada con la que comienza el mundo moderno: libertad, igualdad y fraternidad, vemos que la libertad tiende a convertirse en tiranía sobre los otros; por lo tanto, tiene que tener un límite; la igualdad, por su parte, es un ideal inalcanzable a no ser que se aplique por la fuerza, lo que implica despotismo. El puente entre ambas es la fraternidad, la gran ausente en las sociedades democráticas capitalistas. La fraternidad es el valor que nos hace falta, el eje de una sociedad mejor. Nuestra obligación es redescubrirla y ejercerla.

S.M.: ¿No es volver a otro tipo de utopía?

O.P.: No, no es utópico sino de difícil realización. Pero si no redescubrimos a la fraternidad, nos llevará *realmente* el demonio: el señor de la nada. Tenemos que redescubrir la fraternidad no sólo con los hombres sino con los seres vivos y con las cosas. El mundo moderno ha visto al planeta como un depósito de recursos que hay que explotar; ve piedras y en las piedras ve energía; ve agua y en el agua ve energía; todo se convierte en fuerza, en poder para hacer cosas. Los antiguos veían al mundo de un modo distinto. En una piedra veían un espíritu, en un río a un dios o a una diosa. No predico volver al culto de los espíritus naturales, aunque hoy nos sobran “stars” de la televisión y nos faltan náyades y semidioses. Pido recobrar el sentimiento de la fraternidad con el universo y sus criaturas. No somos distintos del resto del los animales y las cosas, algo nos une a las estrellas y a los átomos, a los reptiles y a los pájaros, a los elefantes ya los ratones, a todo.

S.M.: ¿Por qué siempre la felicidad latinoamericana ha estado en otra parte? Para las clases medias altas siempre ha estado fuera de América Latina, en Estados Unidos, en Francia o en otros lugares; y para las clases populares, en la religión o en la utopía política...

O.P.: Es un fenómeno universal. El centro del mundo estuvo en Babilonia o en Roma, en París o en Londres; después, en Nueva York; mañana, quizá, en Tokyo. Es natural, aunque sea un poco ridículo que las clases altas imiten no lo mejor sino lo más vistoso y superficial de París o de Nueva York. Pero no todo es malo en ese *snobismo*: Rubén Darío

leyó a los poetas modernos en la biblioteca de su amigo el millonario afrancesado Balmaseda. ¿Y las utopías? No ha sido el pueblo sino los intelectuales los que las han adorado, Y así les ha ido. Para el pueblo la religión es el único valor, aquello que le puede dar felicidad o desdicha eternas. El pueblo es más sabio que los burgueses enamorados de las cosmópolis y que los intelectuales devotos de las utopías.

S.M.: La felicidad está siempre “más allá”...

O.P.: Sí, el cielo está más allá. También el infierno...

S.M.: ¿Qué tiene de sabio situar la felicidad en el “mas allá”?

O.P.: La felicidad no es ni puede ser terrestre. Tampoco puede ser un estado permanente. Los hombres podemos ser felices por un instante. Esto lo sabían mejor que nosotros Epicuro y Montaigne. Pero no importa la brevedad: un instante puede ser una ventana hacia la eternidad.

S.M.: ¿Por qué somos provincianistas, cuando hay otras sociedades “nuevas” que no lo son tanto?

O.P.: Todas las sociedades son provincianas, incluso las de las cosmópolis. Hay un provincialismo parisino, otro londinense y otro neoyorquino. El provincialismo de América Latina es la otra cara de su cosmopolitismo. Es explicable que nuestra historia desdichada nos haya impulsado a buscar compensaciones afuera. Ese es el origen del cosmopolitismo de muchos de nuestros grandes artistas, de Rubén Darío a Borges. El cosmopolitismo es un rasgo constitutivo de la literatura y del pensamiento de América Latina, desde los tiempos de Bello hasta los de Alfonso Reyes y sus sucesores. Otra tendencia persistente es el criollismo, el telurismo y, en fin, el americanismo. Esta dualidad también se encuentra en los Estados Unidos: Emerson y Whitman, Henry James y Mark Twain.

S.M.: ¿No cree que eso nos diferencia de los norteamericanos, que sí pensaban que la felicidad estaba en los Estados Unidos?

O.P.: Los norteamericanos son los provincianos del pasado. ¿Cómo les gustaría tener una Edad Media o un Renacimiento! O por lo menos, como los mexicanos, unas cuantas pirámides y tres o cuatro iglesias barrocas. Los norteamericanos han sido los colonizadores del futuro y hoy, decepcionados, comienzan a descubrir los encantos y los horrores del presente. Pero el pasado es para ellos un territorio inaccesible.

S.M.: ¿Cree que la utopía juega un papel distinto en países como los nuestros y en los países desarrollados o tiene el mismo papel?

O.P.: Las ideologías -prefiero llamarlas así y no utopías- juegan papeles semejantes en el mundo desarrollado y en el llamado subdesarrollado. El hombre es el mismo en un lugar o en otro. El hombre que maneja un “Ford” y el que monta un burro son el mismo hombre. La diferencia consiste en que el que monta el burro casi siempre es más culto que el del automóvil. El fenómeno nuevo es el bárbaro moderno. La barbarie tecnológica es la nueva barbarie, lo mismo en los Estados Unidos que en Alemania, en Francia que en Japón. A esa barbarie es a la que quisieran llegar los rusos. Los rusos y nosotros.

S.M.: Sin embargo, las crisis de las utopías o de las ideologías son siempre más dramáticas para los hombres que andan en burro...

O.P.: El que monta en burro no cree en las utopías ni en las ideologías. Cree en el cielo y en el infierno. La utopía es la enfermedad de los intelectuales, no del pueblo. Ni en México, ni en ningún otro lado, el pueblo ha creído en las utopías.

La Revolución de Lenin como la de Fidel Castro, fueron movimientos de grupos de intelectuales y de revolucionarios profesionales. No lamento el fin del mito de la Revolución, Vividos siglos y le debemos cosas admirables y abominables, pero ha perdido todos sus poderes. No es ni siquiera un fantasma: es una reliquia. Lo que hace falta ahora es limpiar el polvo de las mentes con el plumero y la escoba de la crítica, no con gemidos histéricos sobre el fin de la utopía.

S.M.: ¿Qué se necesitaría para que hubiera una crítica libre de histerismo?

O.P.: Confío en la razón humana. Si se derrumba el cielo católico, aparece la razón universal; si se desmorona la metafísica racionalista, aparece la crítica de la razón de Kant; si el kantismo se evapora, surgen el positivismo, el marxismo, Nietzsche... Hoy no tenemos nada a qué acogernos, se han acabado las ideologías universales y tenemos que reinventarlo todo. ¿Una gran pérdida? Más bien una posibilidad enorme. Por primera vez los latinoamericanos no tenemos a dónde volver los ojos: no hay ideologías de repuesto. La gran crisis comenzó no con el fin del comunismo sino desde hace más de medio siglo. Ante el derrumbe general escribí, en 1950, en *El laberinto de la soledad*: "por primera vez en la historia somos los contemporáneos de todos los hombres". Fue una frase no siempre bien comprendida. Quise decir que ya éramos responsables de nuestro destino como los norteamericanos, los franceses, los turcos o los italianos. Nadie sabe a dónde vamos. Todos estamos en el mismo barco.

SM.: ¿Cree que en América Latina fracasaron todos los grupos de poder, y los grupos sociales que guiaron los distintos procesos a través del tiempo?

O.P.: Siempre hay cosas que recuperar en el pasado. Para justificar mi opinión le daré un ejemplo sacado de la historia de México, que es la que conozco un poco más. A mediados del siglo pasado los liberales alcanzaron al fin el poder. Fue una generación brillante y, lo que es más notable, de inmaculada moral pública. Pero tuvieron que enfrentar sus ideas a la realidad de un México tradicional, analfabeto, empobrecido por un siglo de luchas intestinas, dictaduras, ocupaciones extranjeras, con una industria en pañales, un comercio arruinado y una agricultura en ruinas. El liberalismo, no sin sacudimientos, trastornos y divisiones, se transformó en una dictadura liberal, la de Porfirio Díaz. Fue un despotismo liberal ilustrado que duró 33 años. Se acostumbra hablar muy mal -no sin razón- del régimen porfirista. Durante medio siglo nadie se atrevía en México a defenderlo. Pero hoy comenzamos a descubrir sus grandes aciertos en materias tan distintas como la política internacional y la economía, la ciencia y la alta cultura. El sistema porfiriano ha abandonado el infierno de la historia, no para subir al cielo sino para regresar a la tierra, que es el lugar que le corresponde.

Siempre queda algo del pasado. Es mucha soberbia condenar a nuestros antecesores: no sólo necesitan nuestro juicio, adverso o favorable, sino nuestra piedad. Y piedad significa simpatía: quizá yo hubiera hecho lo mismo que tú, si hubiera estado allí. Hay una norma que hemos olvidado: respetar al adversario y honrar a los vencidos. Desde hace mucho me rebelo contra las historias oficiales. La de México, por ejemplo, está compuesta por glorificaciones exaltadas y condenas inapelables, ditirambos y olvidos hipócritas; nuestros justos y bienaventurados son los vencedores y nuestros réprobos

y villanos, los vencidos. Exaltar al vencedor y condenar al vencido es un vicio universal y antiquísimo: lo han practicado con la misma tenacidad los gobiernos y las academias, los emperadores de China y el presidente Mao, la Iglesia Católica y Stalin. Son las venganzas póstumas del poder.

S.M.: ¿Pero usted no ve, entonces, a nuestras naciones como naciones fracasadas?

O.P.: Pienso como usted que nuestra historia, más exactamente: la de los siglos XIX y XX, ha sido un inmenso fracaso. Pero las derrotas no envilecen; envilece no saber qué hacer con las derrotas. Convertir al fracaso en una obra es hermoso. Nosotros hemos creado algunas cosas admirables con nuestros fracasos: un puñado de poemas, media docena de novelas y libros de cuentos. Además, no estamos muertos: somos una cultura viva. Esto ha sido un gran triunfo. América Latina tiene carácter, tiene alma. Esta es nuestra gran victoria.

S.M.: En todo caso el gran fracaso es el de los enmascaramientos..

O.P.: Sí, pero el fracaso fue doble: el nuestro y el de las ideologías. La única revolución que tuvo éxito en América fue la religiosa; los frailes triunfaron: convirtieron a los indios. Esto es admirable y no debemos olvidarlo nunca.

S.M.: Tocando el tema de los frailes, justamente... Hay dos instituciones que en América Latina han estado lejos de la máscara liberal: la Iglesia y las fuerzas armadas. Han sido, además, más bien "contrarreformistas". ¿Hasta qué punto cree usted que ellas han sido obstáculo a una modernidad real?

O.P.: Prefiero hablar solamente de la experiencia mexicana. El ejército del siglo XIX, forjado en las derrotas frente al exterior y en las victorias contra el enemigo del interior, fue el caldo de cultivo de las asonadas y los dictadores. Al comenzar el siglo XX el ejército defendió al régimen de Porfirio Díaz. A su vez, el ejército nacido de la Revolución también fue semillero de desórdenes y de caudillos. Sin embargo, gracias a la acción de tres presidentes -Calles, Cárdenas y Ávila Camacho- el militarismo mexicano, la gran plaga de nuestra historia independiente, ha desaparecido.

En el siglo XVI la obra de la Iglesia mexicana, especialmente la de las órdenes religiosas, fue ejemplar y memorable, sobre todo por su defensa de los indios. La acción de los frailes es un capítulo consolador en la historia de los hombres, casi siempre manchada por toda suerte de iniquidades. Después, aunque dejó de ejercer el heroísmo cristiano del siglo XVI, la Iglesia realizó una obra espléndida. Sin embargo, aunque las órdenes religiosas con frecuencia criticaron los abusos, la Iglesia fue la aliada invariable del poder. Fue enemiga de la independencia y participo en las luchas civiles del siglo XIX como protectora y guía del partido conservador y del imperio de Maximiliano. Pero en el siglo XX fue víctima de una persecución injusta. Así pues, su historia es, como todas, un conjunto de acciones, unas nobles y otras reprobables. Hoy, después de más de un siglo de querellas, hemos llegado a un *modus vivendi* civilizado entre la Iglesia y el Estado.

S.M.: ¿Cree usted que en el resto de los países latinoamericanos haya que limitar el poder de las fuerzas armadas?

O.P.: Ustedes han tenido en Chile un triunfo importante y han demostrado que la sociedad civil es más fuerte que el ejército. En toda la América Latina el ejército ha sufrido derrotas o ha tenido la inteligencia de retirarse a tiempo. Por supuesto, sería quimérico proponerse la abolición de las fuerzas armadas.

Es una realidad con la que debemos contar siempre, al menos mientras dure la otra realidad que la ha engendrado: el Estado. Tenemos que encontrar formas institucionales que hagan posible el dialogo entre la sociedad y el Estado. La vieja receta de Montesquieu: la división de poderes, es el mejor antídoto contra las tentaciones dictatoriales de los militares y de los civiles.

S.M.: ¿Hasta qué punto cree usted que todas estas tiranías que hemos sufrido en los últimos tiempos son producto de nuestra propia realidad más que de factores externos?

O.P.: El imperialismo norteamericano no creó la división de América Latina: se aprovechó de ella; no inventó a los caudillos: los convirtió en sus aliados y en sus cómplices. Nuestra falla viene de la inestabilidad interna. Los dictadores surgen por lo que hemos dicho: la crisis de la legitimidad al otro día de la independencia y la dificultad para forjar auténticas democracias en países que no estaban preparados para ellas. La influencia de los poderes extranjeros no debe extrañarnos. Ha sido universal y aparece en todos los momentos de inestabilidad de los pueblos. París estuvo ocupado por tropas españolas en el siglo XVI y por tropas rusas y prusianas después de la derrota de Napoleón. Para defendernos de los extraños hay que acabar con las convulsiones intestinas y crear democracias estables.

S.M.: ¿Qué hace que unos países estén preparados para la democracia, como Estados Unidos, y otros no?

O.P.: El pasado español no fue democrático. Entramos en el mundo moderno sin preparación. También los españoles: muy tarde y con enormes dificultades lograron establecer el sistema democrático de que hoy disfrutan. Sucedió lo mismo con los italianos y con los alemanes. No exageremos: nuestros fracasos, con ser grandes, no han sido mayores que los fracasos de los alemanes, para no hablar del reciente desastre ruso.

S.M.: Usted ha dicho varias veces, en esta entrevista, que México es diferente al resto de América Latina... ¿Cómo definiría la mexicanidad?

O.P.: La palabra *mexicanidad* es una palabra que evito. Me parece sospechosa. Encierra en una cárcel de conceptos y adjetivos a una realidad en movimiento. México es una invención que, como todas las invenciones, tiene dos aspectos o caras: una es el descubrimiento de una realidad oculta, no visible a primera vista; otra es un diseño, un proyecto. Para descubrir lo que somos es necesario interrogar a nuestro pasado y examinar nuestro presente pero, asimismo, dar un sentido y una dirección a esa realidad más o menos estática. El futuro es parte esencial de nuestro presente.

S.M.: ¿Entonces, usted cree posible la famosa identidad latinoamericana? ¿En qué consiste?

O.P.: No me gusta la palabra identidad. Aún menos la frase de moda: "búsqueda de la identidad". Lo que llamamos identidad y que antes, con mayor propiedad, se llamaba el carácter, el alma o el genio de los pueblos, no es una cosa que se pueda tener, perder o recobrar. Tampoco es una sustancia ni una esencia, América Latina no es ni un ente ni una idea. Es una historia, un proceso, una realidad en perpetuo movimiento y cambio continuo. América Latina existe en la historia o, más bien, es historia: una sociedad de sociedades en un territorio enorme rodeado de otras sociedades, todas en movimiento. Una sociedad es una cultura: un conjunto de individuos, cosas, instituciones, ideas, tradiciones e imágenes. Una realidad *sui generis* pues no es enteramente material ni ideal. América Latina es una cultura. No es fácil definirla y ni

siquiera describirla. Los que han expresado mejor esa realidad elusiva han sido los escritores, Pero ninguno de esos poemas y novelas es ni puede ser un retrato realista; todas esas obras son imágenes o, más exactamente, imaginaciones de lo que somos. En fin, puedo decirle algo al menos: América Latina es una realidad verbal. O sea: una lengua. Y aquel que dice lengua, dice: visión del mundo. ¿Qué es una visión del mundo? No es únicamente una concepción o una idea: es una acción y una creación, un "ethos" y un conjunto de obras. Es un mundo hecho de muchos mundos. Nuestra realidad es plural y diversa, es un dialogo de pueblos que hablan, en la misma lengua, de cosas que son a un tiempo distintas y comunes,

S.M.: Desde un punto de vista absolutamente personal, ¿cuáles cree que son los hitos que marcan nuestra historia de identidad común más allá de las efemérides? ¿Qué es lo que nos ha hecho ser en la historia?

O.P.: ¿Cómo contestarle? Nacimos como una proyección de la visión universal de la monarquía hispánica, que albergaba una pluralidad de naciones y que se sustentaba en una filosofía: el neotomismo. Esa construcción política y la filosofía que la justificaba fueron disipadas por la historia pero los cimientos, la fundación -la lengua, la cultura, las creencias básicas- resistieron a los cambios. Después concebimos un proyecto no menos universal: la modernidad republicana y democrática. La realización de ese proyecto exigía una crítica radical de nuestro pasado y de nuestra cultura. Tras muchas vicisitudes hemos penetrado en el mundo moderno. Vivimos un período de transición e ignoro cuál será el resultado de este gran proceso de cambio. En todo caso, puedo decir que nuestra suerte será la de la modernidad.. y la modernidad está en crisis.

Al final del siglo XX hemos abandonado varios absolutismos heredados del siglo XIX, como la creencia en el progreso, el marxismo y otras abstracciones. En parte, me alegro: soy hijo de los grandes críticos del racionalismo: Freud, Nietzsche.. Hoy triunfa un relativismo universal. El término es contradictorio: ningún relativismo puede ser universal sin dejar de ser un relativismo. Vivimos en una contradicción lógica y moral. El relativismo nos ha dado muchas cosas buenas y la mejor entre ellas ha sido la tolerancia, el reconocimiento del *otro*. Aunque no tengo nostalgia de los antiguos absolutos religiosos y filosóficos, me doy cuenta de que el relativismo -aparte de su intrínseca debilidad filosófica- es una forma atenuada y en cierto modo hipócrita del nihilismo. Nuestro nihilismo es solapado y está recubierto de una falsa benevolencia universal. Es un nihilismo que no se atreve a decir lo que es. Prefiero a los cínicos, prefiero a Diógenes en su tonel. Una sociedad relativista que no confiesa que lo es es una sociedad envenenada por la mentira, un veneno lento pero seguro. El remedio, quizá, está en volver a los clásicos del pensamiento. Por ejemplo, a Kant, que trazó los límites de la razón pero que no intentó sustituirla con los delirios de la dialéctica, las quimeras del "eterno retorno" y las otras fantasmagorías de tantos de nuestros contemporáneos. La única cura del nihilismo es la crítica de la razón. Por eso es útil volver a Kant; no para repetirlo sino para continuarlo. La razón no es una diosa sino un método, no es un conocimiento sino un camino hacia el conocimiento. cl

París, el 18 de diciembre de 1991